

ESTUDIOS

¿Nos están "Descubriendo" en Norteamérica?

La REVISTA IBEROAMERICANA se complace en iniciar, con este artículo, una serie en la que figurarán distinguidos iberoamericanos a quienes ha invitado el Departamento de Estado norteamericano para que visiten los Estados Unidos. A la solicitud de esta REVISTA, han respondido escribiendo sus impresiones de viaje especialmente para ella.

SI el título de este artículo correspondiera a una forma como la de Georges Duhamel o Vladimir Pozner, que han escrito corrosivos libros sobre (léase contra) los Estados Unidos, el lector podría estar seguro de antemano de saber su contenido central. Pero, no. No lo firma un ilustre escritor, sino apenas un modesto artesano de las letras, nada europeo, sino sudamericano, y, a mayor abundamiento, apasionado de la objetividad y sin pretensiones de clase alguna. Por consiguiente, su testimonio hay que aceptarlo con cierta buena fe.

Formulo la pregunta del rubro —si en Norteamérica nos están descubriendo— porque tal como yo me he mirado a través del espejo norteamericano me ha sido imposible reconocerme. Mucho menos a mi tierra. De ahí que me asalte realmente la duda de si el

aprendizaje de los Estados Unidos aparece un conocimiento, un descubrimiento o una invención. Y estoy a punto de resolverme por lo último.

Para no extenderme en tópicos demasiado complicados de que trataré en el libro que he de lanzar con las observaciones de mi viaje, me concretaré al campo estrictamente literario. En él los contrastes son tan abultados que no necesitan mayor glosa. Por eso mismo es un campo de experimentación incomparable.

Los estudiosos norteamericanos nos representan bajo los siguientes aspectos, culturalmente:

- a) Nuestra cultura empezó en 1492;
- b) Nuestra personalidad es hispana;
- c) Nuestra cultura es latina;
- ch) Nuestra literatura es un testimonio directo, es decir, que hay que considerarla por lo que dice;
- d) No existe relación entre el estado social y el estado literario;
- e) Nuestro lenguaje es corrupción del hispano, etc.

Mi experiencia me pinta al norteamericano en una curiosa posición: amante de los hechos, se enamora, sin embargo, con gran ímpetu, de las ideas generales, y, sobre todo, una vez que una idea se asienta en su espíritu, es muy difícil conmoverla o alterarla. Tarde en darle asilo, pero una vez que la acepta le cuesta trabajo permitir que se transforme.

Ahora bien, los enunciados arriba descritos son de una veracidad muy discutible, pese a los gruesos volúmenes que los expertos en asuntos interamericanos les dedican.

a) Nuestra cultura era ya vieja cuando llegó Colón. El punto de partida de 1492 es un jactancioso prejuicio europeo, que también consideraba ausentes de la llamada "historia antigua" a la China y a la India, porque rebasaban sus cuadros mentales, y que no admite en ella ni el pasado arcaico de América ni el de África, ni el de Japón, pongamos por caso. Toda nuestra personalidad está determinada, incluyendo en ello a la Argentina, Chile y Uruguay, que se intitulan países predominantemente blancos, por el legado indígena

que conformó nuestra psicología. Una cultura no es sólo resultado de letras más o menos, sino de sentimientos, aptitudes y actitudes físicas y mentales.

b) Nuestra personalidad es mestiza. Mestiza de toda mesticidad, y no hispana. En ella entran con mayor o menor porcentaje, según los casos, el indio, a modo de *back ground*, luego el hispano o ibero, el negro, el francés, el italiano, y, después, germanos y sajones. Pero, la yema es de indohispanos o indoibéricos o indoamericanos, lo cual comprende, puesto que América fué nombre proveniente de Europa, una amalgama total.

c) Sólo en el siglo XIX se creó el mito de nuestro latinismo, por hegemonía cultural francesa. Pero, obviamente, descendientes de godos (germanos), indios y negros no constituyen un núcleo latino en aptitud psíquica ni en su conformación mental.

ch) Al penetrar en nuestra personalidad literaria, el investigador tiene que armarse de un instrumento especial para juzgarnos tanto por lo que decimos como por lo que callamos, a consecuencia de lo anterior. Y más por lo que callamos que por lo que decimos.

d) Nada se halla tan ligado como nuestro status social y nuestra evolución literaria, a punto tal que, especialmente en el siglo XIX, son inseparables, y no se puede conocer nuestra esencia literaria sin ahondar en nuestras realidades políticas.

e) Sin incurrir en la precipitada aserción de que ya tenemos un lenguaje americano propio, tampoco es posible incurrir en el estúpido error de jactancia y sordera, de tomar nuestros modismos como degeneraciones de lo español. Así como Mencken afirma que ya desde 1607 el idioma inglés empezó a nutrirse de voces indígenas de América, así en el Diario mismo de Cristóbal Colón afloran nuevos vocablos y hasta giros. El aluvión migratorio, la conformación mental mestiza en la que influye la sintaxis de los idiomas indios y de los traídos por los inmigrantes, han producido un idioma que posee perfiles propios. El que lo niega está negando —como el señor Macy lo hacía respecto a lo norteamericano hace una veintena de años— la esencia individual de nuestra literatura sudamericana. Y

eso es falso y tonto. Así como en el estilo de John Dos Passos y Sinclair Lewis, por citar sólo a dos escritores representativos de esta tendencia, cualquier lego en inglés encuentra que ellos hablan en norteamericano, y piensan y sienten como norteamericanos, así pasa entre nosotros, los sudamericanos, con respecto al español de Castilla, es decir, al castellano que, a su vez, se diferencia, aunque pretenda arrogarse hegemonía indiscutible, del andaluz, y, por cierto, del gallego, el catalán y el vasco, que sin embargo, son expresiones de España.

Los profesores norteamericanos consagrados a estudiarnos atraviesan una etapa preparatoria muy encomiable, pero insuficiente: están en la etapa de la cantidad, no de la calidad. Lucen como eruditos, amontonan datos, pero la sustancia no siempre llega a ser captada por sus redes hechas para pesca gruesa, no para anguilas relucientes, sutiles y resbaladizas como son los matices del alma de un pueblo.

Esto no es un problema secundario, sino esencialísimo. Y de él, y muchos más que le son conexos, debiéramos discutir mano a mano, ahora que vivimos en luna de miel continental con los colegas del Norte.

De esto y mucho más, repito, desde luego. Pero, como cada cual debiera comenzar por lo que sabe, no sería tiempo perdido el que se empleara en lo supradicho, y habría que incitar a quienes puedan hacerlo, a que se plantee el problema sin reticencias, como cumple a quienes tienen en sus manos medios de aproximarse —ya que no de llegar— a una solución a corto plazo.

LUIS-ALBERTO SÁNCHEZ